

Robert Falcon Scott, capitán de la Armada británica, soñaba con realizar una gran hazaña. En 1902 lideró su primera expedición a la Antártida junto a Ernest Shackleton y Edward Wilson. Aunque no alcanzaron el polo sur, llegaron más lejos que nadie hasta entonces. El regreso fue durísimo: sufrieron escorbuto, perdieron a los perros y debieron arrastrar los trineos ellos mismos. Aunque sobrevivieron, Scott y Shackleton se enemistaron. En 1909, tras el éxito del estadounidense Robert Peary en el polo norte, Scott decidió que un inglés debía conquistar el polo sur y comenzó a preparar su segunda expedición.

Roald Amundsen, por su parte, era un explorador noruego con experiencia polar: había navegado por el Paso del Noroeste y estudiado técnicas de supervivencia con los inuit. Su enfoque era práctico y silencioso. Mientras Scott anunciaba públicamente su expedición, Amundsen mantenía en secreto su verdadero objetivo: alcanzar el polo sur antes que nadie. Apostaba por la velocidad, la eficiencia y el uso experto de perros y esquíes.

En 1911, ambos hombres se encontraban en la Antártida, cada uno con su estrategia. Scott confiaba en trineos motorizados, ponis y una carga científica ambiciosa. Amundsen apostaba por perros bien entrenados, logística precisa y un equipo reducido. En septiembre, Amundsen intentó partir hacia el polo, pero el frío extremo lo obligó a regresar. Surgió un conflicto con su compañero Johansen, que lo acusó de imprudente. Amundsen reorganizó su grupo, reduciéndolo a cinco hombres para avanzar con mayor rapidez.

Scott, mientras tanto, pasaba el invierno entre lecturas, películas y juegos, pero sin entrenar lo suficiente en esquí. En octubre de 1911, ambos líderes iniciaron la marcha definitiva. Amundsen partió con cinco hombres y 52 perros; Scott con un grupo más numeroso y trineos que pronto fallaron. Mientras los noruegos avanzaban con rapidez, los británicos enfrentaban dificultades con los animales, que fueron sacrificados uno a uno.

Amundsen ascendió el glaciar Axel Heiberg, enfrentó tormentas y sacrificó perros para alimentarse. En medio de un laberinto de hielo, bautizaron el lugar como el Glaciar del Diablo. Scott, en cambio, ascendía el glaciar Beardmore, con hombres debilitados y sin animales. En el tramo final, eligió a cuatro compañeros: Wilson, Oates, Evans y Bowers.

El 14 de diciembre, Amundsen acampó a 27 km del polo. Al día siguiente, llegó a la latitud 90°, clavó la bandera noruega y dejó una tienda, provisiones y un mensaje para Scott. Mientras tanto, los británicos descubrían huellas noruegas en la nieve: sabían que habían sido vencidos. El regreso fue desigual. Amundsen completó su travesía de 2.600 km en 99 días. Scott y los suyos, debilitados por el escorbuto y la congelación, quedaron atrapados por una tormenta a solo 20 km del depósito Una Tonelada. Scott escribió cartas commovedoras, elogiando a sus compañeros y lamentando no poder contar la historia él mismo.

Meses después, en noviembre, un grupo británico encontró la tienda con los cuerpos de Scott, Wilson y Bowers. Recogieron sus pertenencias, diarios y muestras científicas. Sobre la tumba improvisada, construyeron un túmulo con esquíes cruzados en forma de cruz, como homenaje eterno a su sacrificio.